



Hablamos con el Señor sábado, 14 de Enero

Señor, hoy vengo a pedirte que me regales un “estilo de vida” y un “hacer” que haga posible la oración en mí, el trato de amistad contigo.

Si de verdad hablo contigo estaré abierto al mundo y sus problemas, y además reconoceré tu presencia en mi vida y en la vida de otros.

Poco a poco iré teniendo tus mismos sentimientos. Así nos lo pide san Pablo. *“Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús”* (Fip 2, 5)

Y así en nuestra vida te vamos imitando: *“Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros”* (Ef 5, 1s)

Esto hará la oración en nosotros: vivir los sentimientos de Jesús e imitar en su vida.

Y vamos a contemplar algunas actitudes y prácticas nuestras que expresan y hacen posible vivir tus sentimientos y tu estilo de vida, Señor.

Orar es mirar y escuchar

Para acceder a Dios en cualquier forma de oración es preciso que algo vaya cambiando constantemente en mí. No puedo decir "ya sé orar" si no "Señor, enséñame hoy a orar". La oración no es algo que se conquista sino que se va aprendiendo en la medida que nos abrimos a Él. La **tendencia dominadora** y controladora que hay en nosotros nos juega malas pasadas porque nos impide mirar con ojos limpios para poder ver la acción del Espíritu en la vida.

Orar es abrir los ojos a las huellas de Dios. Unas huellas que sólo las descubren los sencillos, los sin prejuicios, los buscadores y los peregrinos. Hay en nuestro mundo un rumor de la trascendencia de Dios, pero para oír este rumor hay que callar, hacer callar en nosotros aquellos ruidos que nacen de nuestro "yo" autocentrado, y por lo tanto, cerrado a los demás. Hay huellas que hay que ver y rumores que hay que escuchar.

Siempre se ha dicho que Dios está en todas partes y es verdad: en la naturaleza y en la ciudad, en la

montaña y en el mar, en las personas y en la historia. Pero su presencia no es evidente, son precisos ojos para ver y oídos para escuchar. Podemos ver y escuchar las chispas de gloria, bondad y belleza de Dios en la ciudad, porque allí habitan miles y miles de hermanos y hermanas. Allí sufren, ríen y lloran, allí se organizan, luchan, trabajan, nacen y mueren. En la ciudad se manifiestan los prodigios técnicos, las bellezas culturales, los actos solidarios y a la

vez las injusticias, los desengaños y el sufrimiento. Allí están el hombre y la mujer como especial reflejo del Dios de la historia en su belleza y en su sufrimiento, en su marginación en los pobres, los ancianos solos, los drogadictos, las prostitutas, los sin techo, los emigrantes. La experiencia de la cruz y de la resurrección del Señor se nos hace presente en una gran cantidad de situaciones que vivimos cada día...

Y medito:

Hay "huellas" de Dios en mi mundo...

La vida y los buenos sentimientos y acciones de tantos y tantos...

La vida y las cruces de tantos y tantos...

Pero a veces sólo estoy pendiente de mi mis cosas...

y esto me impide captar la presencia de Dios...

Fomentar actos y actitudes

Para orar hay que fomentar actos y actitudes que nos predispongan a lograr aquello que deseamos. Hay, por lo tanto situaciones que nos ayudan y otras que no ayudan

. Indico algunas:

_ Hacer práctica de poner la propia vida en las manos de Dios y no en las nuestras. Esto supone alimentar interiormente el deseo de moverse por pequeñas "utopías" (buscar lo mejor aunque parezca imposible) y practicar la esperanza.

Ejercitar la misericordia con las personas que hay a nuestro alrededor.

Estas u otras prácticas se deben encarnar en pequeños gestos que muestren su veracidad.

En la vida ordinaria hay situaciones que nos pueden ayudar o estorbar para llevar una vida de oración. Así, por ejemplo:

Alimentar pensamientos de bondad o entrar en la dinámica del ataque o defensa.

Acostumbrarse a emplear palabras amables o dejarse llevar por la brusquedad.

Generar gestos solidarios o entrar en la dinámica del individualismo.

. Emplear silencios acogedores o esperar que el otro termine de hablar para soltarle mi "rollo".

Acoger agradecidamente el amor de los demás o rechazarlo.

- Aceptar mi situación de don o creerme que todo lo puedo a través de mi esfuerzo.

- Practicar la soledad buscando allí una “presencia gratuita” o encerrándome en mi mismo sin dejar brechas de gratuidad.

A veces nos preguntamos cómo tal persona que sabemos que hace oración de una forma asidua es incapaz de comprender a los demás, de trabajar en equipo y que va "a la suya---. La respuesta no es sencilla y la conciencia de cada uno es un misterio. Pero en general y sobretodo para aplicárnoslo a nosotros mismos, hay que decir que hay unos prejuicios que invaden la

vida y que deben ser examinados a menudo. La oración pide abnegación, relativizar mis sentimientos especialmente sobre aquellas personas o situaciones ante las cuales me siento especialmente crítico.

Por ello no podemos ser ingenuos porque si nos instalamos en la superficialidad, en la rutina, en el activismo y en la competitividad, no podemos orar. Pero sí podremos si somos autocríticos, si sabemos recoger aquello que los demás dicen de nosotros mismos, si nos sentimos animados a trabajar por los demás y a humanizar su vida, aunque experimentemos en nosotros la debilidad, la rutina o la desgana.

Vuelvo a leer tranquilamente lo anterior y me pregunto:
“¿vivo algo de esto?”

Ir tomando decisiones

Querer orar supone ir tomando decisiones en nuestra vida y no vivir de rutinas en cualquier ámbito de nuestra existencia, La rutina es enemiga de la vida espiritual porque nos encierra a en nosotros mismos y nos impide vivir de la creatividad que supone la apertura al Otro. La toma de decisiones sobre nuestra vida, en la línea del Reino de Dios, nos acerca a la relación con Dios y a su presencia. Es conveniente seguir haciéndose preguntas e ir las

respondiendo y así se va configurando nuestra vida cristiana: ¿Cómo puedo mejorar mi relación con los que me rodean? ¿Qué tengo que cambiar o potenciar en mi trabajo apostólico? ¿Qué tendría que hacer para tener más sensibilidad hacia los pobres y los que más sufren? ¿Qué me está queriendo decir el Señor en esta nueva situación? ¿Es suficiente el tiempo o el modo de orar en esta época de mi vida?

¿Que decisión he de tomar...?

Vivir desde la comunidad cristiana

Es muy importante el vivir la fe desde y con aquellos hombres y mujeres que creen que en su intento de fraternidad se va prefigurando el Reino. La comunidad de los creyentes es el conjunto de personas desde el cual podemos decir Padre Nuestro, a pesar de sus pequeñeces, de sus limitaciones y de su pecado. Comunidad que sabe que el Reinado de Dios la sobrepasa ampliamente. Pero el Espíritu de Jesús es quien la conduce y la constituye. Siempre es

necesaria como una pequeña semilla en medio del mundo.

La Iglesia que ora es nuestra madre. En ella hemos aprendido a orar y desde ella oramos. No soy yo que ora, es la Iglesia la que ora desde mí. En ella damos, recibimos y ponemos los talentos en rendimiento. En ella recibimos la comunidad fraternal, la comunión de bienes, el acompañamiento espiritual y los sacramentos.

¿Qué lugar ocupa la Iglesia en mi corazón y en mi vida?

Vivir desde una vida unificada

No hay actitudes específicas para orar. La oración es una actividad que no tiene un método único pero en sus actitudes de fondo coincide con la acción de cara a los demás. Por lo tanto para actuar y orar es necesario: escuchar al otro, ser humilde, ser pobre, ser generoso, ponerse en las manos de Dios y dejarse llevar porque nuestra vida depende amorosamente de Dios.

Así por ejemplo, para trabajar por los demás hay que ser humilde y para orar también; para ayudar de verdad

hay que escuchar al otro. y para orar la escucha es imprescindible; para “propagar” el Reino de Dios hay que ponerse en las manos del Señor, y para dirigirse a Él en el silencio de la oración, también. Para orar hay que buscar tiempo, lugar y materia y para actuar hay que usar aquellos medios que la misma acción reclame.

En cualquier caso el horizonte último es ir acercando la realidad de la existencia a Dios. Y así, poco a poco, nuestra vida se hace oración y la oración se hace vida.

Que nuestra vida sea oración...
y nuestra oración vida.....